

Entrevista a Mario Coyula Cowley

La belleza no es un lujo postergable: DIÁLOGOS SOBRE LA CIUDAD

Arquitecto, diseñador y prestigioso crítico, nuestro entrevistado es una voz ineludible para comprender la relación entre arquitectura y urbanismo en Cuba, de manera especial en nuestra ciudad capital.



Por LENIER GONZÁLEZ MEDEROS

1. En su conferencia, ya antológica, *El Trinquenio Amargo y la ciudad distópica: autopsia de una utopía*, pronunciada como parte del ciclo de conferencias organizado por el Centro Teórico-Cultural *Criterios* sobre el llamado “quinquenio gris”, usted afirmó que para hablar de urbanismo y de cultura urbana tiene que haber, necesariamente, un componente grande de imaginación y creatividad. ¿Por qué afirma esto? ¿Cómo asumir lo anterior cuando hablamos de La Habana, tan entra-

ñable y, a la vez, tan herida en su rostro físico y espiritual?

El urbanismo no es una ciencia exacta, y menos aún lo son el diseño urbano y el arquitectónico. Las ciudades necesitan planes, pero se *hacen* por proyectos concretos, que son los que en definitiva construyen la imagen que percibe la gente. Esa imagen debe ser auténtica, vívida, memorable, invitante; y eso requiere imaginación y hasta un cierto grado de ambivalencia que permita lecturas múltiples y diferentes de la escena urbana -y so-

bre todo de los espacios públicos que forman nodos reconocibles en el tejido urbano.

Esos nodos pueden tener una escala monumental y funcionar como polos para toda una ciudad, pero más importantes son los nodos locales con una escala más íntima y cercana a la gente. Las ciudades antiguas tienen esa riqueza de animación, que requiere una determinada densidad de edificaciones y de población; pero sobre todo la superposición de funciones muy diversas que se complementan y

enriquecen unas a otras. Esto falta en los desarrollos urbanos más recientes, no sólo en Cuba sino en todo el mundo.

Conseguir esa animación requiere también imaginación y sensibilidad. La belleza no es un lujo postergable ni necesariamente exige grandes inversiones. Pero no basta con el talento: se necesita un cierto grado de humildad en el urbanista y el arquitecto para no dejarse llevar por la tentadora ilusión de que la obra nueva que quieren hacer es tan buena que justifica destruir una existente que en realidad es mejor. Los profesionales, y sobre todo los decisores, tratan de imponer sus criterios y gustos personales sin consultar a la población; pero tampoco se puede caer en el *laissez-faire* populista. La diversidad física y también la humana deben acatar las normas y regulaciones que garantizan la unidad y posibilitan la convivencia de lo diferente. Hacen falta ejemplos de calidad que eleven el rasero de próximos proyectos y eduquen el gusto ciudadano. Hay ciudades que lo han conseguido, como Barcelona. Y La Habana tuvo una imagen de gran ciudad mundial, a pesar de los bolsillos de fealdad y pobreza que en definitiva aparecen siempre, en cualquier época y sistema socioeconómico. Lo importante, y eso lo aprendí con el tiempo, es quién sienta las pautas.

A veces lo más complicado y costoso no da buenos resultados. Cuando poco antes de morir invitaron al gran urbanista estadounidense Kevin Lynch a decir algunas palabras a los asistentes a un evento profesional, les dio cuatro recomendaciones: mantener todo lo más simple posible, diseñar de modo que sirva de apoyo a lo que la gente quiere hacer, crear la mayor cantidad posible de conexiones en el espacio y en el tiempo... y sembrar muchos árboles.

1. A su juicio, ¿cuáles elementos tipifican la identidad urbanística de nuestra ciudad?

La Habana que heredamos era una ciudad que quería ser blanca y europea, y después norteamericana. Nunca

fue una ciudad caribeña. Esa Habana es todavía la que da forma a la ciudad central, la que todos identifican como *la ciudad*. Allí está el centro histórico, el financiero y el comercial, este último muy venido a menos por la falta de mantenimiento, el hacinamiento, la congestión, la escasez y pobreza de ofertas, los cambios improcedentes de uso y de fachadas, y el deterioro de las redes técnicas, principalmente las de agua y alcantarillado; y sobre todo el deterioro humano. Esa ciudad central ha sufrido un proceso de ruralización y marginalización de su imagen y de las pautas de comportamiento en los espacios públicos, relacionadas con patéticos modelos de éxito que copian siempre lo peor.

La Habana siguió la típica cuadrícula hispanoamericana, con manzanas pequeñas y compactas y edificaciones de baja altura que le dan una silueta característica, puntuada por algunos edificios altos construidos cerca del litoral en los años 50 –un proceso que felizmente se detuvo. Era una ciudad hecha por y para una ubicua clase media-baja –tres cuartas partes de la población en 1958 pagaba alquiler— que no tenía recursos para construir una vivienda propia, pero demandaba versiones encogidas de las viviendas de los estratos sociales superiores. Los ricos no eran pocos, y como se fueron moviendo en el tiempo hacia zonas más elegantes –siempre dejando atrás sus antiguas mansiones, aunque fuesen tugarizadas– eso enriqueció el fondo construido.

Eugenio Batista (¡ningún parentesco con Fulgencio!) fue un precursor de la arquitectura del Movimiento Moderno en nuestro país. Él enunció tres constantes en la arquitectura cubana, que llamó las *3 P*: Patio, Persiana y Portal. Todas tienen que ver con el bienestar térmico en un clima cálido húmedo, pero eso fue olvidado por arquitectos que se han afiliado irresponsablemente a los grandes paños de vidrio que convierten a los edificios en colectores solares. La Habana era una ciudad de colores apastelados, crema, arena, beige, ocre claro; donde los efectos visuales descansaban más en

la volumetría y la luz y sombra producida por los entrantes y salientes, con elementos como soportales columnados, balcones y aleros. Esa sobriedad ha desaparecido por el descontrol sobre el cumplimiento de las regulaciones urbanísticas, como es el caso del uso arbitrario de colores chillones y mal combinados, y principalmente por la proliferación de acciones espontáneas, ampliaciones, modificaciones, cercas, rejas, jaulas para guardar autos y todo un catálogo variado de una cacharrería que ha empobrecido la imagen de barrios enteros.

2. Si recorremos La Habana, se hace evidente la pesada impronta arquitectónica de la ciudad colonial y de la ciudad republicana, ¿dónde encontrar la ciudad revolucionaria? ¿Acaso, arquitectónicamente, ha pesado menos?

Independientemente de su amplio y valioso patrimonio colonial, la gran masa de La Habana es una ciudad del siglo XX, hecha en dos grandes explosiones constructivas: una durante las Vacas Gordas, fundamentalmente con arquitectura ecléctica de influencia francesa; y otra inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, con arquitectura del Movimiento Moderno de influencia estadounidense, pero también brasileña. La buena arquitectura moderna continuó durante gran parte de la década de los años 60, no sólo en la capital sino en todo el país; y se extendió a nuevos programas. La mayor parte de las construcciones después de 1959 se hicieron fuera de la ciudad, por lo que aportaron poco a la imagen urbana. En cambio, eso ayudó a preservar el fondo construido anterior, evitando pérdidas irreversibles como las que sucedieron por la misma época en tantas otras ciudades del mundo debido a la especulación inmobiliaria. También salvó a la ciudad central de la inserción traumática de los bloques prefabricados que surgieron como hongos en toda Cuba, y que por facilismo de los constructores se agruparon en grandes conjuntos anónimos en la periferia. Esos conjuntos no tenían valor arquitectónico

y carecían de las funciones, servicios, infraestructura, áreas exteriores y espacios públicos que se necesitan para una vida urbana rica.

1. ¿Cuáles son los mayores retos urbanísticos que plantea la ciudad de cara al futuro?

La vivienda conforma las tres cuartas partes de la masa edificada en la ciudad, y en general acumula un déficit notable de mantenimiento. Hay que encontrar la forma en que la mayor cantidad posible de personas puedan conservar por su cuenta las viviendas que habitan o construir las nuevas que necesitan. Esto se hace más difícil en el caso de los edificios de muchas plantas. Se requiere facilitar préstamos blandos, tener un aseguramiento adecuado en cantidad y renglones de materiales de construcción, producidos tanto por las grandes industrias como por pequeñas empresas locales; permitir la creación de brigadas de constructores que trabajen en forma cooperativa; facilitar la movilidad en la vivienda de acuerdo con las necesi-

dades y posibilidades de cada cual, así como el alquiler de equipos.

La inversión extranjera no debe restringirse a unas pocas grandes empresas que a menudo terminan por imponer sus condiciones en perjuicio de la ciudad, sino a decenas de miles de pequeños y medianos inversionistas, obligados por su tamaño a respetar las regulaciones urbanísticas. Se debe emplear el *convoyaje* para beneficiar a los vecinos a la vez que mejora su entorno, con lo que se valoriza la propia inversión... Todo esto implica una gran descentralización de las iniciativas, junto con un control efectivo de los proyectos y obras; y una asesoría técnica apropiada para los privados que construyen por su cuenta. Por cierto, de esa manera no sólo se ahorrarían recursos y evitarían barbaridades, sino que también encontrarían un empleo real miles de arquitectos que no tienen suficiente trabajo en las empresas estatales. Es muy importante recuperar la autoridad del arquitecto, y devolver la arquitectura al mundo de la cultura.

La Habana necesita urgentemente una inversión enorme para rehabilitar y modernizar la infraestructura técnica (agua, electricidad, gas, teléfonos, alcantarillado, drenaje pluvial), la red vial y el transporte público. La ciudad que heredamos se montó a principios del siglo XX sobre una infraestructura flamante calculada para el doble de su población de entonces. Pero esa población siguió creciendo, el déficit aumentando y el fondo construido envejeciendo.

Todo esto demanda invertir una enorme cantidad de recursos en un uso no directamente productivo. Ni el Estado ni los ciudadanos tienen esos recursos en estos momentos. Siendo realistas, la solución a la vivienda como un problema social está todavía lejos. Por eso mismo es necesario utilizar todas las formas posibles para enfrentarlo. Más que hacer, lo importante es *hacer que se haga*.

2. ¿Cómo impacta sobre la geografía sociopolítica de La Habana la inmigración interna -que ha



provocado lo que algunos llaman la “ruralización” actual de la ciudad y el creciente envejecimiento poblacional?

Al principio los cambios se producían al interior de las edificaciones, pero finalmente eclosionaron hacia la calle. La ciudad se llenó de chichones y tumores, colorines, casetas, cercas, jaulas, platanales y cría de animales en jardines, carretones tirados por caballos, sopones cocinándose en lo que fueron parterres, antiguos comercios malamente adaptados a vivienda... Todo eso se correspondía con cambios en la forma de usar la ciudad por gentes marcadas por el desarraigo y que siguen viviendo en condiciones precarias, a veces inauditas. La ruralización se combinó con la persistente marginalidad urbana y los malos ejemplos de la peor arquitectura de Miami trasplantados por las últimas oleadas de emigrantes. El envejecimiento no sólo plantea un problema económico, sino la necesidad de adecuar los edificios y la ciudad a la realidad de una población con limitaciones crecientes. Eso también requiere nuevos tipos de alojamiento concebidos para esas personas, deben ser muchos y pequeños. Y las viviendas pequeñas necesitan un mobiliario práctico y bien diseñado, en vez de los engendros inadecuados, feos y caros que se venden en pesos convertibles.

1. Usted ha afirmado que en estos años, mientras aumentaba el deterioro de gran parte de la ciudad, el Centro Histórico de la Habana Vieja testimoniaba que las cosas podían ser gestionadas de otro modo. ¿Qué elementos, positivos y negativos, nos ha aportado el modelo de gestión desarrollado por la Oficina del Historiador de la Ciudad?

La Oficina del Historiador ha demostrado que la cultura es un recurso económico que se paga a sí mismo. Se ha convertido en una corporación para la conservación y el desarrollo –una agencia estatal, pero con mucha autonomía. Abrió un camino exitoso que, absurdamente, no se extiende a otras zonas de la capital y del país. A partir

de una actitud inicial quizás demasiado conservacionista, se han abierto a intervenciones contemporáneas dentro de un contexto histórico muy valioso. Las grandes ciudades del mundo tienen muchos ejemplos válidos de eso, empezando por San Marcos, en Venecia, donde edificios emblemáticos con muchos siglos de diferencia coexisten con sus propios estilos, que en su momento fueron contemporáneos. En La Habana, la propia Plaza Vieja es también un ejemplo de coexistencia armónica. La integración por contraste es mucho más difícil que por analogía, y requiere talento; pero el reto vale la pena, aunque algunas veces falle. Un dato que dice mucho es el interés de los arquitectos jóvenes por trabajar en la Oficina del Historiador, aunque pudieran ganar un salario mejor en otra parte. La conservación del patrimonio construido es una actividad atractiva y prestigiosa, y marcha a un ritmo que no aparece en otros campos.

2. Reflexionando sobre la remodelación integral de la Habana Vieja tal pareciera que la ciudad se ha visto obligada a crecer, simbólicamente, hacia su pasado colonial, debido a la gran incertidumbre que pesa sobre nuestro futuro nacional. ¿Es posible una Habana “del futuro”? ¿Cómo la imaginaría? ¿Qué variables sociales, económicas y políticas serían necesarias para poder construir esa ciudad imaginaria?

Trabajar el pasado no puede separarse de pensar sobre el futuro y actuar sobre el presente. Las especializaciones demasiado cerradas son peligrosas, no dejan ver el cuadro completo. Para un profesional, pasar del diseño arquitectónico al urbano y a la conservación del patrimonio, es algo que enriquece, una ventaja de la llamada *fertilización cruzada*. Cuando se enfrenta la conservación de una edificación o un sitio histórico, es inevitable hacerlo desde una posición contemporánea, con una cosmovisión actual que de alguna manera cala aún cuando la intención sea una máxima objetividad.

Por otra parte, la Habana Vieja no es lo único que merece ser conserva-

do. La ciudad –para no hablar de otras muchas ciudades y pueblos de Cuba– tiene un patrimonio post-colonial muy valioso, incluso contemporáneo. Pero el deterioro de muchas edificaciones ha cruzado la línea de no retorno, y no se puede pensar en conservarlo todo: ni es posible, ni tampoco deseable. Inevitablemente habrá muchas edificaciones que se derrumbarán por sí solas, y otras que serán demolidas. La presión de ganar dinero puede forzar la desaparición de muchas edificaciones todavía útiles, y en ese grupo pueden caer también algunas de valor histórico o arquitectónico. Oponerse a esas intervenciones traumáticas puede ser muy difícil cuando la ciudad –y los habitantes que de alguna manera también se benefician– necesitan desesperadamente ese dinero. Para frenar o re-dirigir esa presión es necesario crear una sociedad civil que pueda influir en las decisiones, y asegurar que éstas sean transparentes y consultadas con la población y los expertos.

No se trata solamente de conservar lo existente que valga la pena, también hay que incorporar nuevas obras de calidad que dejen la huella de cada época. La obra de la Oficina del Historiador de La Habana ha demostrado que se puede conciliar el interés económico con el cultural y el social. Como argumento para no extender esa experiencia a veces se subraya el peso que en ella ha tenido la personalidad de Eusebio Leal. Pero sin menospreciar el papel de las personalidades en la Historia, la propia Revolución cubana enseña cómo, cuando las condiciones son propicias, aparecen figuras de entre una masa anónima que se elevan para asumir el reto.

